

metales a la acción corrosiva de los agentes naturales y casi siempre los que se conservan de estos, como las monedas, es por estar medidas en los pucheros de su época.

Los archivos de papeles y las bibliotecas son como cementerios de libros donde la vida duerme apenas alterada por las pisadas de algún extraviado, que al momento queda deslumbrado, como los peones de Piédrola, como los de las zanjás de los mosaicos, y quisiera llamar a todos y decirles, venid y ver a vuestros padres, a vuestros abuelos, a vuestros tatarabuelos, con qué esfuerzo, con qué afanes, con cuánto riesgo y trabajo fueron forjando la vida que ahora disfrutamos. Seamos generosos y transmitamos a nuestros hijos su ejemplo.

Se sabe por tradición oral y por algún detalle de las actas municipales, que mi abuelo Juan Pedro Pérez-Pastor y Quintanilla era carromatero, de los que tenían carros de carga al camino y consta que se casó en el Tomelloso con Severa Gallardo el día 7 de septiembre de 1846 y se velaron en Alcázar el día 9 de septiembre del año siguiente, por cuyas fechas tuvieron lugar otros desposorios que aclaran detalles de estos apuntes, se casó Benitillo Pérez, notario eclesiástico y personalidad muy inquieta, a lo Emiliete Ortega, que por algo se les nombraría en diminutivo sin existir la razón de llevar el nombre del padre o del abuelo vivientes que es cuando el diminutivo se hace casi inevitable para distinguirlos y cuyo segundo apellido no se ha visto en ninguno de los infinitos relatos en que intervino, pero que ahora vemos era hijo de Francisco Pérez y de Isabel Calderón, luego su nombre completo para la historia local, que bien lo merece, era Benito Pérez Calde-

rón y se casó en aquella fecha —digámoslo con reservas porque los matrimonios en segundas y terceras nupcias eran el plato de cada día y Benitillo tenía entonces 24 años— con Josefa Villar, hija de Antonio y de Benita Castellanos, difuntos, todos de esta Villa.

También en septiembre del año 847 se casó Juan Alfonso Quintanilla, molinero, hijo de José Quintanilla y de Gabriela Ortega, con Tiburcia Ortega García Parra hija de Ramón y de Francisca. Estos Quintanillas son el origen de todos los que se han conocido, la madre de mi abuelo, la de Casimiro el jabonero, la mujer del tío Joaquín Vela, Benito el Veterinario y la madre de Jesús Ortega el practicante y algunos más. Y este Juan Alfonso es el origen del de otro hermano de Juan Pedro, profesor del Conservatorio.

También se logra en esta época la aclaración de otro segundo apellido que no se había podido puntualizar, el de Santiago Mazuecos, el médico. En su desposorio efectuado el día 29 de enero de 1848, consta que era de esta villa, claro, de la parroquia de Santa Quiteria, hijo de Pedro Angel y de Juliana Morón, luego era Santiago Mazuecos Morón, apellido no alcazareño. Se casó con Teresa González, natural de la villa y corte de Madrid, de la parroquia de San Martín e hija de Pedro, natural de Aguilar de la Frontera (Córdoba) y de Angela Herrera, natural de Toledo, parroquia de San Bartolomé. Ya se ve por qué Don Santiago fue siempre un alcazareño que no lo parecía, lo contrario que el Tuerto y además corto y sin sucesión, porque hace falta más vigor para sostenerse en lo propio que para irse con la mujer. Fueron testigos de la boda de Don Santiago, Manuel Carrillo, conta-